

JOSÉ ESTRADA Y ESTRADA

PALABRAS DE FIESTA

EN LA BODA DE PEPITA PALLARÉS MORENO
Y JOSÉ LUIS ESTRADA SEGALERVA



RAN
XX
1098

MALAGA
18 DE ENERO DE 1931



 RACIAS muy rendidas para Pepe Luna, amigo queridísimo, que con elocuencia que demanda justo encomio, me ha atribuido méritos y virtudes de los que siempre me estimé ayuno. Muy rendidas gracias, también, para los que aún tienen caldeadas sus manos por el aplauso con que, una vez más, han subrayado aquella compenetración de recíproca simpatía y afecto en que vivimos desde hace ya treinta años. Porque, señoras y señores, aquí no se guarda mi partida bautismal, pero se archiva otra de la que brotaron, como ramas del tronco, mis hijos. y ella me autoriza para que sin inferir agravio al pueblo de mi nacimiento, al pedazo de tierra que sintió el ¡ay! de dolor de mi bendita madre, cuando con un beso me entregó a la vida, me tenga por un malagueño más y con olvido de lo que era la política antes del 23, lo que fué después y lo que es ahora, quiera servir los intereses de esta ciudad a la que nos debemos todos.

Para los aquí reunidos en este día en que cegada está la vista y rendido el espíritu ante tanto testimonio de dádivas y cariños, mi gratitud, repito, sin límites, sin tasa, sin medida, sin distingos. . .

Nunca al hablar, encontré mi voluntad tan per

R. 46.559



pleja, mi ánimo tan confuso, ni tan tarda mi lengua como en este instante en que se desgranán vuestros corazones en regocijo, al tiempo que en el cristal de las copas se rompen las burbujas del dormido vino; instante en el que mi corazón se contrae en la más íntima y efusiva de sus vibraciones, hora en la que por ley de vida traspone mi existencia su meridiano y tranquila y satisfecha va en la ruta de su ocaso; hora, en fin, en la que ilusiones, deseos, quimeras y sueños se plasman en la suprema ambición de todo padre; liquidar en vida ante Dios y ante la sociedad la cuenta abierta de deberes para con nuestros hijos empujándolos hacia el altar para vernos, luego, revivir en carne de nuestra propia carne. Yo al liquidarla en presencia vuestra en esta tarde, debiera doblar mis rodillas en tierra. Aquí se ha dicho, y es verdad, que la vida fué para mí erial de trabajos; pero no ha sido valle de lágrimas. Fué para mí la vida, señores, rosaleda sin cierzo, de la que a diario fui cortando las olientes rosas de la salud, la felicidad, la alegría, la dicha y la prosperidad. Sólo una vez sentí su punzante espina, con dolor que aun sangra mi corazón..... Quedábame una sola rosa por cortar y hoy la ha cortado mi hijo para él y para nosotros, ya que, desde hoy nosotros cuatro, sus cuatro padres, seremos jardineros que, a porfía con el dueño, cuiden de ella con esmero.

El tiempo labora sobre los espíritus de dos maneras diferentes: o es llama que convierte en pave-

sa el recuerdo del pasado y lo entrega al vendaval del olvido, o rocío bienhechor que al caer sobre nuestra memoria la orea con la evocación de días, meses y años que como tatuaje en carne quedaron grabados en nuestra alma. Quizás, por esto, ahora mi espíritu se aparta de este día y de esta fiesta y va a otra boda, muy modesta, pobre, pero, ¡ah, señores!, que también la vida de los pobres tiene deleites que no es dado saborear a los ricos.

¿Día? Cinco; ¿mes?, aquel en que la iglesia se engalana con pedazos de cielo en honor de María Inmaculada: diciembre. ¿Año? Mil novecientos dos. Ya habían pasado seis, que parecieron siglos, suspirando por aquella fecha. Al pie de una imagen del Corazón de Jesús, dos corazones se fundieron para siempre..... Luego, nada; pero una voluntad dispuesta a luchar para conquistarlo todo; un bufete muy modesto y unas cuantas causas criminales que llegaban por endoso, y cuyas defensas me dieron más ruido que nueces. El pleito civil de los ricos no había que esperarlo: esos litigios son siempre patrimonio de los abogados cumbres y yo me quedaba muy al comienzo de la ladera. Deberes familiares que venían a recargar los sagrados que el nuevo hogar me imponía. Después, la primera escaramuza política, el primer puesto en los comicios, el primer zarpazo de la envidia..... Trascurren unos meses, muy pocos, los que la naturaleza impone: San Pedro, que ya está viejo y chochea, comienza a perder las llaves de la Gloria y escapan de allí án-

geles que caían en nuestros brazos, pero sin traer bajo los suyos el ofrecido pan: había que ganarlo para ellos. Al contemplar desde aquí ese mar sereno y tranquilo, pienso en sus tempestades y os declaro que son bonanzas si se las compara con aquellas otras que provocan las bajas pasiones en torno de los que venimos a la vida para luchar en medio de sus encrespados oleajes, sin otras armas que las de la buena voluntad, y hartas gracias tengo que dar a Dios porque son pocos los que doblan el cabo de las tormentas. Yo lo he doblado, pero no he sido yo, fué mi buen padre, que desde el cielo me verá, del que aprendí que el trabajo es la sal que nos preserva de toda corrupción y que la honra es patrimonio que hemos de defender más que la vida y la hacienda.

Llegué, también, porque hombres cuyo recuerdo he elevado a la categoría de relicario, en mi mente y en mi corazón, me cogieron de la mano y apartaron las espinas de mi camino: Pepe Rosado, Angel Caffarena, Lorenzo Borrego, el único. Y he llegado, sabiendo estas dos cosas: que llegué por ellos y no por mí, y que para llegar en la vida, antes que la cultura y el talento y la palabra, lo necesario, lo indispensable es tener corazón y saberlo entregar a los demás cuando nos lo solicitan. Y ya en la senda de la confesión cariñosa, no me callaré que en ese flujo y reflujo de mi vida, en las noches de sombra como en los días de sol, puso más, mucho más que yo, en las bocamangas de la casaca de ministro, que

es cosa transitoria, y en los pliegues de la toga que será compañera inseparable de mi vida, puso más, señores, que yo, la madre de mis hijos.

Como tatuaje en carne, dije, quedaron grabadas en mi memoria aquella fecha y aquella boda que era el primer eslabón de una cadena a la que hoy pongo su broche. Porque la vida cadena es: ahora comienzan a fundirse otros nuevos eslabones al calor de las ascuas que llegan y del rescoldo que se extingue. Hoy habéis conocido uno sosteniendo la cola del blanco vestido nupcial: porque esos eslabones, más dulces, más tiernos, son los nietos. Y ya es sabido que todos nuestros afanes en la vida constituyen una lucha entre dos ternuras: la infancia, toda fragilidad con su delicadeza de capullo, y la vejez, toda fragilidad también, melancólica epilogación de flor marchita.

Ha querido Dios que vuestra vida sea una guirnalda de felicidad desde la cuna hasta el altar; a El pido a esta hora, que la convierta, al andar de los años, en corona de dicha sin término; pero, fijáos bien, a la vida se viene con la felicidad heredada o para conquistarla; son muchos los que lo intentan y no pocos los que caen rendidos en el camino sin lograrlo. Los que triunfan y la alcanzan, como es cosa que se elaboraron con el propio estuerzo, aun agravándose, pueden hacer de ella lo que quieran; pero los que la heredan tienen la obligación de conservarla como el más inestimable de los tesoros. Por que cuando la felicidad se posee sin haber conocido la desgracia,

y por una de esas lacras del espíritu humano que se llaman ira, odio, envidia, cólera, nos labramos nuestra propia desdicha y la transmitimos a los que nos rodean, caemos en culpa, a la que no alcanza perdón ni aun en los derroches de la misericordia divina. Los que vienen a la vida para gozar de la felicidad y no la gozan, son seres que aunque tengan la cara blanca tienen el alma negra.

Si alguna vez, en la marcha de los años—¿quién no la sintió?— la hora gris resbala entre vosotros, estrechad vuestras manos, y juntos, muy juntos, a compás, musitad estos versos que yo aprendí hace tiempo, que debieran llamarse de los perfectos casados y que no desmerecen de *La perfecta casada* que nos legó el genio de Fray Luis:

Formar una pasión de dos pasiones,
fundir en un derecho dos derechos,
fragar un lecho noble de dos lechos,
y atar a una ambición dos ambiciones.

Juntar en un soñar dos ilusiones,
forjar un techo santo de dos techos,
hacer un pecho puro de dos pechos,
sumar un solo amor dos corazones.

Anudar en un lazo dos divisas,
formar un solo trino de dos risas,
dos miradas fundir una mirada,
dos llantos enlazar un solo llanto,
dos canciones prender un solo canto,
jesto es casarse y lo demás... es nada!

Aquí se sienta, para supremo honor y orgullo de nosotros, Salvador Rueda, el poeta insigne, autor de la admirable definición que acabáis de escuchar. Pepe González Marín — *ladrón* de versos, porque al recitarlos los hace suyos fundiéndolos con el fuego de su inspiración en el crisol de su arte maravilloso, — ha conmovido nuestros espíritus con la inimitable cadencia de sus cantos a la tierra malagueña. Brindemos por Salvador Rueda, hombre que ha pasado por la tierra sin rastrearla con sus alas y en cuya cabeza venerable, la nieve de los años no ha podido agostar la primavera de la poesía.

Que el amor con su perfume siga embalsamando vuestros espíritus durante toda la vida, ya que la vida es un pentágrama de amor: amor la plegaria que asciende del corazón a los labios; el dolor que se borda con las lágrimas de la resignación, amor es; amor, la reja perfumada de jazmines en que se dicen sus secretos los amantes; amor, la copla que rueda por el cordaje de la guitarra; amor, el "Dios se lo pague" del necesitado que pide y recibe la limosna. ¿Quién sino amor hizo sonar hoy en vuestros oídos con singular deleite la Epístola de San Pablo? Que vuestra luna de miel, sin cuarto menguante, viva en constante plenilunio, desatando sobre vuestro hogar sus flecos de plata.

Sean mis últimas palabras para vosotras, señoras, ya que en el corazón de cada hombre ocupáis lugar preferente sobre toda singular preferencia.

Cosa dicha y sabida es que la historia tiene su lado masculino y su lado femenino; de ahí que la brújula de los humanos destinos la ennorte siempre una mujer. En la cuna del género humano, Eva; al comienzo de las edades clásicas, Helena; al final, Hiparquía; frente a los césares y el circo, las vírgenes brotando de las catacumbas; junto a San Francisco, su hermana en Cristo, la mística Santa Clara; en los albores de la idea filosófica, el amor inextinguible de la enamorada Eloisa; Victoria Colonna, en el Renacimiento, después de haber brillado Beatriz y Laura en la Edad Media. La mujer es el símbolo de todas nuestras idealidades: emblema en la poesía, inspiración en el arte, alma del que lucha, corazón del que siente. Por eso, en heroísmo se llamó Agustina de Aragón; en fe, Magdalena; en amor, Julieta; en caridad, Isabel; en castidad, Lucrecia; en esperanza, Teresa de Jesús; en los campos de batalla y en los hospitales, hermana de la Caridad; al pie del madero de la Redención, madre... ¡Alma bendita de mujer, que cuando habla reza y cuando llora, canta! De mí sé decir que siempre que me examino con los ojos del remordimiento, veo cómo todos mis defectos, cuanto muestra la arcilla de que fui formado, a mí me lo debo, en tanto que todo aquello que pueda en mí haber de bueno, cuanto aparta mi alma del abismo y la eleva en pos de las virtudes, son cuerdas melódicas que en el corazón colgó la mano bendita de mi madre.

Ya lo veis: el Arte ha querido exornar esta mesa con flores en el centro y en torno como si para discernir el homenaje que os es debido quisiera confundir en una sola guirnalda las que perfuman el ambiente y las que embalsaman los espíritus.

Por vosotras, señoras, brindo.

* * *

La intervención elocuente de un maestro de periodistas y modelo de gobernadores, mi buen amigo D. Graciano Atienza, me lleva a terminar con un recuerdo en que se funden las dos ciudades hermanas objeto de mis predilecciones.

Arriba, un cenobio de Santos; abajo, la mezquita, bajo cuyas penumbras, en que parpadean las lámparas votivas, aun se evoca el rimar de los blancos alquiceles y de las negras mantillas. En torno, la campiña, en cuyo seno, cual en ningún otro, se celebran los desposorios fecundos de la semilla con la tierra. ¡Córdoba!

Arriba, la diadema del Castillo de Gibralfaro, alcázar de caides; abajo, el mar latino, el mar de todas las civilizaciones, bordando con encajes de espuma las sandalias de la playa; en el centro, envuelto en el jirón más limpio del sol que alumbraba a España, perfumada por algas, magnolias y claveles la imagen de aquella en que todo es hermosura a decir del gran Ortega Munilla: la hembra y la tierra, la tradición y la costumbre: ¡Málaga!

Por Córdoba la sultana, y por Málaga la bella,
levanto mi copa.

Brindo, finalmente, señoras y señores, por la felicidad de todos. La mía hoy es completa; tenía cuatro hijos y cuento ocho: la Virgen de mis amores, la Sagrada imagen de la Soledad de Viñeros se asienta en un trono obra del arte de Paco Palma, que ha puesto su inspiración al servicio de mis fervores devotos para rendir la ofrenda de gratitud que debo a la divina protección con que me ha asistido durante toda mi vida.





